

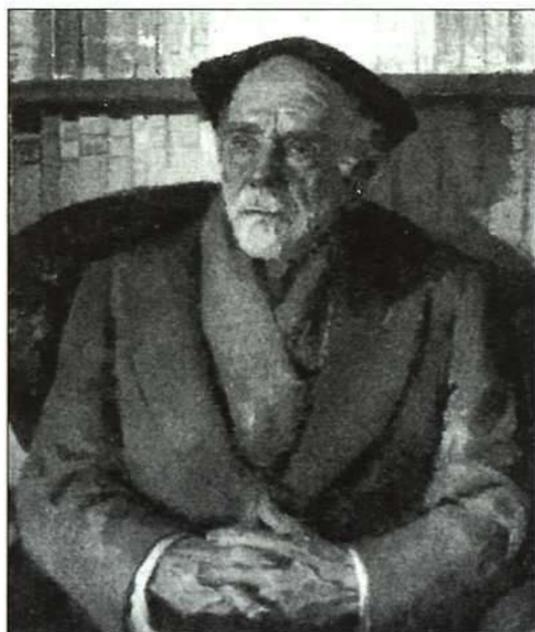
La biblioteca de Cincúnegui

Emilio Pascual*

LOS PILOTOS
DE ALTURA
LA ESTRELLA
DEL CAPITÁN
CHIMISTA

PRIMERA EDICIÓN: 1929 Y 1930

RESPECTIVAMENTE



Pío Baroja (1872-1956)

Quizá la biblioteca del historiador Domingo Cincúnegui, autor de los *Recuerdos históricos de Lúzaro*, no debería figurar aquí. El interés de su recuerdo reside no tanto en la inexistencia de sus fondos cuanto en el desinterés por su ausencia, y en un diálogo final, seco como un diagnóstico de muerte.

Hacia 1929 fue visitada, acaso por última vez, por un bibliófilo, un genealogista y un «más o menos conocido fabricante de novelas», como se define a sí mismo. En algún momento de su pasado, la biblioteca debió de ser para su dueño un *locus amoenus*, «un lugar de delicias»; durante seis meses llegó a albergar la redacción de *El Correo de Lúzaro*. Hacia 1929, «en una época ya exclusivamente positivista y deportiva», sólo albergaba tiestos y manzanas. Para esa época presidían la mesa y el sillón de aquel rincón ameno un saco de habichuelas y una cesta de tomates. En los días de lluvia servía de tendedero.

De su antiguo esplendor apenas si quedaban «unos tomos incompletos del *Diccionario de Madoz*, del *Semanario Pintoresco Español* y de la *Ilustración Francesa*; páginas sueltas del *Derrotero de Tofiño*, del poema de Ciscar, de las *Conversaciones de Ulloa*; láminas de la *Francia marítima* y números del *Correo*

de Lúzaro». Muchos de los papeles perdidos y las páginas que faltaban probablemente habían servido «para envolver clavos, chuletas, bollos y dulces» en la tienda del piso bajo, en la carnicería y en la confitería de enfrente. Otros habían contribuido a restablecer el equilibrio ecológico sirviendo de alimento a las ratas de la buhardilla. El resto había ido a parar a las manos de algún traperero.

Ante aquella decadencia, producto del menosprecio y de la incuria, uno de sus testigos quiso transcribir el diálogo siguiente:

«—¡Qué terrible desdén por esta clase de trabajos tiene nuestra gente! —dije yo.

—Es natural, no le interesan —repuso el bibliófilo—. Ya no interesan más que los boxeadores, los corredores, el «cine» y el automóvil.

—Mal porvenir para los aficionados a los libros.

—Lo mismo nos pasará a nosotros —indicó el bibliófilo—. Nuestras bibliotecas se dispersarán; nuestros papeles se los comerán los ratones.

El genealogista y yo dijimos convencidos:

—No hay ninguna duda.

—Realmente, en España —añadí yo—, el público no necesita escritores.



TINO GATAGÁN, LA ESTRELLA DEL CAPITÁN CHIMISTA, ANAYA, 2003.



TINO GATAGÁN, LOS PILOTOS DE AITURA, ANAYA, 2003.

Con que haya cafés y cinematógrafos les basta. Con el tiempo se podría hacer desaparecer definitivamente a los autores. Una buena medida sería por ejemplo, comenzar metiendo en la cárcel a todo el que escribiera un libro.

Un navegante lector

Por fortuna quedaba un libro manuscrito, el mismo que había provocado este diálogo. Estaba olvidado en un armario, y su puntual historiador prefirió dejar en la incertidumbre si era el grueso tomo o el armario el que servía «de sostén a un aparador». El libro fue escrito por Domingo Cincúnegui, que empleó para la redacción los diarios de Ignacio Embil. Su título primero no ha llegado hasta nosotros. Sabemos, sin embargo, que contaba «la vida y milagros del capitán Chimista», conocido también por *Bizargorri*, *Barba Roja*, *L'Eclair* o *Leclercq* y, en tiempos más remotos, *Cascazuri*.

El capitán José Chimista, que solía lle-

var en el barco novelas y libros de poesía, leyó también libros de viajes (por ejemplo, los del capitán Martín de Hoyarsabal, habitante de Zubiburu), y otros de medicina y ocultismo, entre ellos *El conde de Gabalis*.¹ Era autodidacto y sabía de todo. Fue una suerte de médico mago, «medio curandero, medio homeópata y alquimista, que había estudiado cosas raras». En La Habana tuvo «una biblioteca con libros raros y un laboratorio complicado, con retortas y alambiques». Muchos de aquellos libros eran «de magia, en latín y en otros idiomas, y aseguraba que en ellos encontró grandes secretos». Una vez «estuvo en un pueblo de España, donde compró una antigua biblioteca que procedía de un convento». Se sospecha que aquellos fondos pasaron a engrosar los de la suya. Tampoco ha quedado memoria de estas bibliotecas.

El capitán Chimista, convertido en sir Joseph Frederic Temple por los azares de la genealogía, acabó sus días y sus noches en un palacio situado a poca distancia de Holsworthy, cerca de la abadía de Lee. Era un castillo «mezcla de varios

estilos: desde el gótico y el Renacimiento hasta el barroco y el actual». («Actual» llamaba el cronista al siglo XIX.) El antiguo capitán «había llevado al castillo tesoros, libros y curiosidades comprados en todas las partes del mundo». No se tienen noticias de que ninguno de estos objetos raros y curiosos haya sido subastado en la Galería Sotheby's. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. *Le Comte de Gabalis, ou entretiens sur les sciences secrètes* oscila entre la sátira y la parodia del ocultismo y quizá del misticismo en general. Su autor fue el abate Montfaucon de Villars, llamado Nicolas-Pierre-Henri (1635-1673), partidario de «buscar siempre las causas naturales». A raíz de la publicación del libro, se vio privado del ejercicio de la predicación, y tres años después murió asesinado en la carretera de Lyon. El libro fue publicado en París en 1670 por Claude Barbin, el futuro editor de los *Cuentos* de Perrault. Alguien ha dicho que el libro de Montfaucon de Villars preanuncia al Fontenelle de los *Diálogos de los muertos* y la fantasía de los *Cuentos* de Perrault. Quizá no fuera sólo producto del azar que el propio Barbin imprimiera los *Cuentos* veintisiete años después que las *Conversaciones sobre las ciencias secretas*.